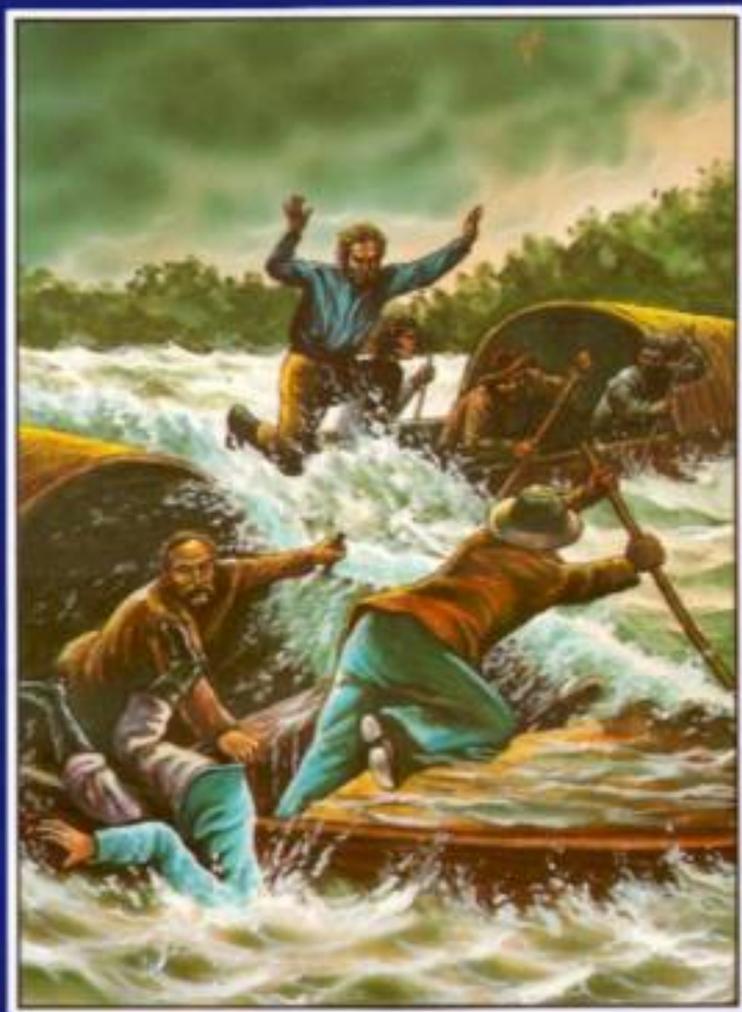


Julio Verne

El soberbio Orinoco



Juan de Kermor es un joven francés de diecisiete años que parte hacia Venezuela en busca de su padre, el coronel de Kermor. Para ello se hace acompañar por un viejo sargento que simula ser su tío. En su búsqueda se encontrará con tres venezolanos y otros dos franceses que por motivos diferentes van en la misma dirección. Para esto tendrán que enfrentar muchas aventuras juntos. ¿Podrá Juan encontrar a su padre en los intrincados bosques venezolanos?

Volumen I



CAPÍTULO I

MIGUEL Y SUS DOS COLEGAS

—**V**erdaderamente, no hay motivo para que esta discusión no termine —dijo Miguel, que procuraba interponerse entre los dos ardientes contrarios.

—Pues bien, no acabaré —respondió Felipe—, al menos por el sacrificio de mi opinión a la de Varinas.

—Ni por el abandono de mis ideas en provecho de Felipe —replicó Varinas.

Desde hacía tres horas, los dos testarudos sabios disputaban, sin ceder un ápice, sobre la cuestión del Orinoco. Este célebre río del Sur de América, principal arteria de Venezuela, ¿se dirigía en su curso superior de Este a Oeste, como los mapas más recientes indicaban, o venía del Suroeste, y en este caso, el Guaviare o el Atabapo no debían ser considerados como afluentes?

—Es el Atabapo el que es el Orinoco —afirmaba energicamente Felipe.

—Es el Atabapo —afirmaba energicamente Felipe.

—Es el Guaviare —afirmaba con no menos energía Varinas.

La opinión de Miguel era la que han adoptado los modernos geógrafos. Según éstos, los manantiales del Orinoco están situados en la parte de Venezuela que confina con el Brasil y con la Guayana inglesa, de forma que este río es venezolano en todo su recorrido.



Pero en vano Miguel procuraba convencer a sus dos amigos, que además no estaban conformes en otro punto no menos importante.

—No —repetía el uno—. El Orinoco nace en los Andes colombianos, y el Guaviare, que pretende usted que es un afluente, es todo el Orinoco: colombiano en su curso superior, venezolano en su curso inferior.

—¡Error! —aseguraba el otro—. El Atabapo es el Orinoco y no el Guaviare.

—¡Eh, amigos míos! —respondió Miguel—. Prefiero creer que tal río, uno de los más hermosos de América, no riega más país que el nuestro.

—No se trata de una cuestión de amor propio —replicó Varinas—, sino de una verdad geográfica. El Guaviare...

—No, el Atabapo —exclamó Felipe.

Y los dos adversarios, que se habían puesto en pie, se miraban frente a frente.

—¡Señores...! ¡Señores! —repitió Miguel, hombre excelente y de natural conciliador.

De la pared de la sala colgaba un mapa, conmovido entonces por los arranques de la discusión. En él se desarrollaba el área de 972 000 kilómetros cuadrados del Estado hispanoamericano de Venezuela. Mucho lo habían modificado los sucesos políticos desde el año (1499) en que Ojeda, compañero del florentino Américo Vespucio, desembarcando sobre el litoral del golfo de Maracaibo, descubrió una aldea construida sobre estacas en medio de lagunas, a la que dio el nombre de Venezuela o «Pequeña Venecia». Vino después la guerra de la Independencia, en la que *Simón Bolívar* fue el héroe; después la fundación de la Capitanía general de Caracas; después la separación de Colombia y Venezuela, efectuada en 1839, separación que hizo de esta última una República independiente, y que el mapa representaba tal como la estableció el Estatuto fundamental. Líneas de color dividían el departamento del Orinoco en tres provincias: Barinas, Guayana y Apure. El relieve de su sistema orográfico

co, las ramificaciones de su sistema hidrográfico, se marcaban con múltiples líneas cruzadas con la red de los ríos. Allí veíase desarrollarse, sobre el mar de las Antillas, su frontera marítima, desde la provincia de Maracaibo, con la ciudad de este nombre por capital, hasta las bocas del Orinoco, que la separaban de la Guayana inglesa.

Miguel miraba aquel mapa, el que, con toda evidencia, le daba la razón contra sus colegas Felipe y Varinas. Precisamente, y sólo sobre la provincia de Venezuela, un gran río, minuciosamente dibujado, trazaba su elegante semicírculo, y tanto en su primera curva, donde un afluente, el Apure, vierte sus aguas, como en la segunda, donde el Guaviare y el Atabapo le llevan las de las cordilleras de los Andes, era únicamente bautizado con el magnífico nombre de Orinoco en todo su recorrido.

¿Por qué, pues, Varinas y Felipe se obstinaban en buscar las fuentes de la principal arteria venezolana en las montañas de Colombia, y no en los macizos de la sierra Parima, vecina del monte Roraima, gigantesco mojón miliar de 2300 metros de altura, donde se apoyan los ángulos de los tres Estados del Sur de América, Venezuela, el Brasil y la Guayana inglesa?

Justo es advertir que aquellos dos geógrafos no eran los únicos que tal opinión sustentaban. No obstante las aseveraciones de atrevidos exploradores que remontaron el Orinoco casi hasta su origen, Díaz de la Fuente en 1760, Bobadilla en 1764 y Robert Schomburgken 1840; a pesar del reconocimiento efectuado por el francés Chaffanjon, el audaz viajero que desplegó el pabellón de Francia sobre las pendientes de la Parima, mojada por las primeras gotas del Orinoco; a pesar de tales noticias, que parecían decisivas, la cuestión no estaba resuelta para algunos espíritus tenaces, discípulos de Santo Tomás y tan exigentes, en lo que a pruebas se refiere, como el antiguo patrono de la incredulidad.

No obstante, sería exagerar el pretender que tal cuestión apasionaba a la población venezolana en aquella época, año

1893. Reconozcamos que dos años antes la población mostró gran interés en la demarcación de las fronteras, cuando España, encargada del arbitraje, fijó los límites definitivos entre Colombia y Venezuela. Lo mismo que si se hubiera tratado de una exploración con objeto de determinar las fronteras entre Venezuela y el Brasil. Pero en 2 250 000 habitantes, que comprenden 325 000 indios domesticados o independientes en medio de sus bosques, más 50 000 negros y después, mezclados por la sangre, mestizos, blancos, extranjeros o foráneos ingleses, italianos, holandeses, franceses y alemanes, es indudable que sólo la menor parte hubiera podido discutir la mencionada tesis hidrográfica. Pero por lo menos había dos venezolanos, el citado Varinas, para reivindicar el derecho del Guaviare, y el citado Felipe, para sostener el derecho del Atabapo a llamarse Orinoco, sin contar algunos partidarios que les prestaban fuerte apoyo.

No se crea, sin embargo, que Miguel y sus dos amigos fueran de esos sabios hundidos en la ciencia, de gran calva y barba blanca.

No; sabios sí eran, y los tres gozaban de merecida fama, que rebasaba los límites de su país. El mayor, Miguel, tenía cuarenta y cinco años; los otros dos algunos menos. Hombres muy vivos, muy demostrativos, no desmentían su origen vasco, que es el del ilustre Bolívar y el de la mayor parte de los blancos en las repúblicas de la América Meridional, llevando a veces algo de sangre corsa e india en las venas, pero ni un solo glóbulo de sangre negra.

Los tres geógrafos se encontraban todos los días en la biblioteca de la Universidad de Ciudad-Bolívar. Allí, Varinas y Felipe, por decididos que estuviesen a contenerse, se dejaban arrastrar a una discusión interminable con motivo del Orinoco.

Aun después de la exploración decisiva del viajero francés, los defensores del Atabapo y del Guaviare se obstinaban en su opinión, como lo demuestran sus réplicas al principio de esta historia. Y la disputa continuaba a despecho de

Miguel, impotente para calmar la vivacidad de sus dos colegas.

No obstante, era un personaje que imponía por su elevada estatura, su noble y aristocrático rostro, su oscura barba en la que ya se veían algunos hilos de plata, la autoridad de su posición y el gran sombrero con que se cubría, a imitación del ilustre fundador de la independencia hispanoamericana.

Aquel día, Miguel repetía con voz llena, tranquila y penetrante:

—¡Calma, amigos míos! Corra al Este o al Oeste, no deja el Orinoco de ser un río venezolano, el padre de las aguas de nuestra República.

—No se trata de saber de quién es padre —respondió Varinas—, sino de quién es hijo; si nace en Parima o en los Andes colombianos.

—¡En los Andes...! ¡En los Andes...! —respondió Felipe encogiéndose de hombros.

Evidentemente, ninguno de los dos contrincantes cedería respecto al nacimiento del Orinoco, obstinándose en atribuirle diferente padre.

—Veamos, mis queridos colegas —replicó Miguel, deseoso de llevar la cuestión al terreno de las concesiones—, basta mirar el mapa para reconocer esto; venga de donde venga, y sobre todo si viene del Este, el Orinoco forma una curva muy armoniosa, un semicírculo mejor dibujado que el desdichado zigzag que le darían el Atabapo o el Guaviare.

—Y ¿qué importa que el dibujo sea o no armonioso? —exclamó Felipe.

—¡Si es exacto y conforme a la naturaleza del territorio...! —dijo Varinas.

Y, efectivamente, poco importaba que las curvas estuviesen o no artísticamente trazadas, tratándose de una cuestión puramente geográfica y no de arte. La argumentación de Miguel era falsa; él lo conoció, y le vino la idea de lanzar en la discusión un nuevo elemento que podría modificarla. Se-

guramente, no era éste el medio de poner de acuerdo a los dos adversarios; pero tal vez, como los perros desviados del rastro, se encarnizarían en la persecución de un tercer jabalí.

—¡Sea! —dijo Miguel—, y dejemos a un lado esta manera de mirar las cosas. Usted, Felipe, pretende con gran obstinación que el Atabapo, lejos de ser un confluente de nuestro gran río, es el río mismo.

—Sí que lo pretendo.

—Usted, Varinas, sostiene con gran terquedad que, al contrario, el Guaviare es el mismo Orinoco.

—Sí que lo sostengo.

—Pues bien —añadió Miguel, que seguía con el dedo sobre el mapa el curso del río en discusión—, ¿por qué no habían de engañarse los dos?

—¡Los dos! —exclamó Felipe.

—¡Uno sólo de nosotros se engaña —afirmó fariñas—, y éste no soy yo!

—Escúchenme ustedes hasta el fin —dijo Miguel—, y no me respondan antes de haberme oído. Existen otros afluentes como el Guaviare y el Atabapo que vierten sus aguas en el Orinoco, tributarios de una importancia característica por su recorrido y por sus productos. Tales son el Caura en su parte septentrional, el Apure y el Meta en su parte occidental, el Cassiquiare y el Iquapo en su parte meridional. ¿Lo ven ustedes en el mapa? Pues bien; yo les pregunto a ustedes: ¿por qué uno de estos afluentes no había de ser el Orinoco, mejor que su Guaviare, mi querido Varinas, y que su Atabapo mi querido Felipe?

Era la primera vez que se decía aquello, y los dos adversarios quedaron mudos al oírlo. ¿Cómo? ¿La cuestión no estaba solamente entre el Atabapo y el Guaviare? ¿Surgían nuevos pretendientes?

—¡Vamos! —exclamó Varinas—. Eso no es serio... ¡No habla usted seriamente, Miguel!

—Muy seriamente; y encuentro natural, lógica y, por consecuencia, admisible, la opinión de que otros tributarios

puedan disputarse el honor de ser el verdadero Orinoco.

—Se burla usted —respondió Felipe.

—Nunca me burlo cuando se trata de cuestiones geográficas —respondió Miguel—. Hay sobre la ribera derecha del curso superior uno..., el Padamo.

—¡Su Padamo de usted no es más que un arroyo, comparado con mi Guaviare! —exclamó Varinas.

—¡Un arroyo que los geógrafos consideran casi tan importante como el Orinoco! —respondió Miguel—. Hay sobre la izquierda otro, el Cassiquiare...

—¡Su Cassiquiare de usted no es más que un arroyuelo, comparado con mi Atabapo! —exclamó Felipe.

—Un arroyuelo que pone en comunicación las cuencas venezolana y amazónica. En la misma ribera está el Meta.

—Pero el Meta no es más que la espita de una fuente.

—Una espita de la que sale un curso de agua que los economistas miran como el futuro camino entre Europa y los territorios colombianos.

Como se ve, Miguel, bien informado, tenía respuesta para todo. Continuó así:

—En la misma ribera está el Apure, el río de los llanos, que los navíos pueden remontar en más de quinientos kilómetros.

Ni Felipe ni Varinas contestaron a esta afirmación: la causa era por estar medio sofocados por el aplomo de Miguel.

—En fin —añadió éste—, en la ribera derecha están el Cuchivero, el Caura, el Caroní...

—Cuando haya usted terminado la lista... —dijo Felipe.

—Discutiremos —añadió Varinas, que se había cruzado de brazos.

—He concluido —respondió Miguel—; y si quieren ustedes conocer mi opinión personal...

—Y ¿vale la pena? —replicó con un tono de ironía superior Varinas.

—Es probable que no —declaró Felipe.

—Hela aquí, sin embargo, mis queridos colegas: Ninguno de esos afluentes podría ser considerado como el río al que pertenece legítimamente el nombre de Orinoco. Así, pues, a mi juicio, tampoco puede aplicarse esta denominación, ni al Atabapo recomendado por mi amigo Felipe...

—¡Error! —exclamó éste.

—Ni al Guaviare, recomendado por mi amigo Varinas.

—¡Herejía! —afirmó este último.

—Y concluyo —añadió Miguel—, que el nombre de Orinoco debe ser conservado para la parte superior del río, cuyos manantiales están situados en los macizos de la Parima. Corre entero a través del territorio de nuestra República, y no riega a ningún otro. El Guaviare y el Atabapo tendrán que conformarse con no ser más que simples tributarios, lo que, en suma, es una situación geográfica muy aceptable.

—¡Que no acepto! —replicó Felipe.

—¡Que yo rechazo! —replicó Varinas.

El resultado de la intervención de Miguel en aquella discusión hidrográfica fue únicamente que tres personas, en vez de dos, se arrojaron a la cabeza el Guaviare, el Orinoco y el Atabapo. La cuestión duró aún una hora, y tal vez no hubiera terminado si Felipe de un lado, y Varinas de otro no hubieran gritado:

—Pues bien, partamos.

—¿Partir? —exclamó Miguel, que no esperaba tal proposición.

—Sí —respondió Felipe—. Partamos para San Fernando, y allí si no pruebo con toda evidencia que el Atabapo es el Orinoco...

—Y... si yo —añadió Varinas— no demuestro categóricamente que el Guaviare es el Orinoco...

Y he aquí en qué circunstancias, después de la discusión de estos tres personajes, resolvieron emprender tal viaje. Quizás esta nueva expedición fijaría al fin el curso del río venezolano, admitiendo que no lo hubiera sido definitivamente por las investigaciones de los últimos exploradores.

Por lo demás, no se trataba más que de remontarse hasta el pueblo de San Fernando, hasta el punto en que el Guaviare y el Atabapo vierten sus aguas, a algunos kilómetros el uno del otro. Cuando se comprobara que uno y otro no eran, no podían ser, más que simples afluentes, preciso sería dar la razón a Miguel y confirmar al Orinoco su estado civil de río, del que no podían desposeerle otras indignas corrientes de agua.

No hay que extrañar que esta resolución, nacida en el curso de tormentosa disputa, fuera inmediatamente realizada, como tampoco el ruido que produjo en el mundo científico y entre las clases superiores de Ciudad-Bolívar, y que apasionase bien pronto a toda la República venezolana.

